

cluían. Contamos para completarlo —dado que está agotada la antigua edición original—, con el esfuerzo de Felipe B. Pedraza Jiménez, que ha editado *Rimas*, facsímil de la príncipe de Palermo 1617, con prólogo, en Aranjuez, ed. ARa Iovis, 1985. El prólogo de Pedraza sigue aspectos del magnífico trabajo de Alonso, con anotaciones de interés.

En este trabajo Dámaso Alonso nos cuenta hasta lo que hay detrás de su labor minuciosa de rastreo. También vuelve a escribir sobre la Estilística, a la que llama «gran cajón de sastre» (p. 141):

Pero apartada la estilística lingüística (de Bally, etc.) hemos de reconocer que la que ahora nos interesa, la literaria, no es sino la nueva forma que nuestra época da o quiere dar a la crítica. De otro modo: es la crítica literaria, después de la lección del positivismo metodológico. Aplicamos hoy una lente microscópica, donde el siglo XIX procedía sólo por intuiciones y generalidades. Eso es todo. Y de ningún modo podemos prescindir de la intuición previa. Sin ella, la Estilística no pasará de vulgar cuentahilos. (...) (Pág. 141.)

Pero Alonso estudia también datos biográficos (pp. 143 y ss.), la relación de Medrano con la Compañía de Jesús, etc. Saca a este autor de su olvido de siglos, con erudición y buen gusto. Estudia el caso de jesuitas rebeldes o desasosegados, como los llama (pp. 163 y ss.). Recrea a este poeta olvidado y sus relaciones personales. Ojalá hubiera hecho lo mismo con el genial Aldana, con Bocángel, con Soto de Rojas... Hay un enorme campo que cubrir con los grandes segundones del barroco y renacimiento español. Su recreación está llena de verdad y sentimiento, a la vez que sabiduría. Sobre los documentos, una vez más, la intuición —cuyo valor defiende—. Destaca que la poesía de Medrano, cuya vida ha investigado, es poesía de imitación (pp. 253 y ss.): de Horacio, Boecio, Tasso, Plinio. Son fuentes e influencias positivistas, de nuevo, con un sentido humanista peculiar. Lo compara con Herrera —resaltemos la magnífica edición de Cristóbal Cuevas en Cátedra, actualmente—, y Francisco de la Torre —editado recientemente en la misma colección Letras Hispánicas—. También lo coteja con fray Luis. Y finalmente un estudio estilístico, siempre admirable en nuestro autor (pp. 297 y ss.), que prepara el armazón teórico que aplicará a Góngora (pp. 313 y ss.): hipérbaton, reiteración, correlación... Clasifica los sonetos y las odas. Estudia las cualidades métricas. Saca así conclusiones valiosísimas de lo que en otros críticos han sido constataciones frías y ciegas.

Es admirable este trabajo sobre Medrano, fechado en 1948, que era inasequible y ahora podemos leer en reedición accesible. Está al día don Dámaso: en nota final de 1973 recalca en el descubrimiento de nuevas poesías de Medrano. Concluye que hoy sabemos que la obra de este poeta es mayor que cuando se publicó el primer volumen de su estudio, en 1948. Esperamos la edición de estos poemas, unidos a los anteriores. Lástima que no hayan recogido al menos el volumen II, con la obra de Medrano. Pero ahí está el esfuerzo de la edición facsímil que hemos elogiado. Siguen luego una serie de apéndices documentales sobre el poeta, y transcripción de algunos textos, entre ellos dos romances, que creemos tienen interés literario.

Debemos destacar de paso la cuidada elaboración de estas *Obras* de Dámaso Alonso, lujosísimas, bellísima composición, y con reproducción de láminas alusivas a los textos del autor.

También recoge un trabajo sobre el Fabio de la *Epístola moral* (pp. 515 y ss.), con

problemas de autoría, atribuciones, y datos históricos en México y España (pp. 526 y ss.). Dámaso Alonso nos enseña a no adoptar una actitud de burócratas de la cultura, sino a elaborar una visión comprehensiva y comprensiva de los autores a través de una sólida documentación. En el silencio del tiempo, hay todavía grandes autores que esperan su resurrección de manos de algún crítico enamorado. Pero se ha recorrido mucho trecho, y el esfuerzo de Dámaso —en la línea de sus precedentes, a los que completa de modo personal— ha contribuido en mucho a que nos encontremos en la actual situación privilegiada.

El tema de Dámaso Alonso es el Siglo de Oro, no nos cabe duda. Siempre aporta nuevos descubrimientos (pp. 669 y ss., de 1974), en un esfuerzo por estar al día, por revisar sus textos. Luego estudia a Cartillo Sotomayor (pp. 701 y ss.), poeta de gran interés literario. Ya en 1936 se había fijado don Dámaso en su poesía con este artículo.

Y el gran monstruo de la naturaleza, devorador de tantos críticos que nunca pudieron abarcarlo por completo: *En torno a Lope*. De nuevo fuentes e influencias positivistas unidas a su humanismo peculiar. Marino, deudor de Lope. Lope, influido por Cervantes (pp. 834 y ss.). Influencia de *El caballero de Yllescas* sobre *Los intereses creados* (pp. 852 y ss.). Acusación de Lope contra Góngora (pp. 883 y ss.) en importante labor de archivo. Son trabajos sueltos sobre Lope, ahora recogidos en volumen. Dámaso Alonso se pasea a lo largo y lo ancho de nuestra cultura, siempre con sabiduría y personalidad.

El volumen contiene trabajos sobre el *Cancionero Antequerano* (pp. 937 y ss.), los entremeses atribuidos a Cervantes (pp. 961 y ss.) —concluye que no son atribuibles, pero qué más da, tienen gracia, nos dice—. Sonetos atribuidos a Quevedo (pp. 983 y ss.) —que también descarta—.

El volumen IV de las *Obras Completas*, es *Estudios y ensayos sobre literatura. Tercera Parte. Ensayos sobre literatura contemporánea*, Madrid, Gredos, 1975. Allí anuncia como en preparación: volúmenes V y VI sobre Góngora —luego serán en realidad estos volúmenes y el VII, también dedicado al poeta cordobés—; VII de Análisis estilístico; VIII de Comentario de textos —que ahora acaba de aparecer—; IX, España y la novela —sobre la novela del Siglo de Oro—; X, Obra creativa —poesía y prosa—; XI, Otros estudios lingüísticos o literarios. Don Dámaso prepara actualmente el volumen IX.

Este volumen IV contiene textos de primordial importancia para situar la labor crítica de Dámaso Alonso en relación a Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal, cuya obra analiza.

Alonso homenajea a Menéndez y Pelayo y estudia la evolución de su pensamiento crítico de 1877 a 1891 (p. 12) («pasa de ser un intransigente esteta, adorador de la forma horaciana, a ser un crítico ampliamente humano») (p. 13). De su clasicismo intolerante a la palinodia subsiguiente que reflejan su honradez intelectual, como en el caso de Heine (p. 35). No cambia respecto a Bécquer (pp. 37-38), en testimonio de Valera, aunque le incluye en sus cien mejores poesías (pp. 40-41). Niega la poesía tradicional. Frente a la interpretación tópica que a veces se difunde de un Menéndez y Pelayo intransigente, Alonso propugna la visión de un crítico que evolucionó al menos en sus ideas estéticas. Habría un momento en que descubre la lírica popular (pp. 49 y ss.), en 1890, quizás por intermedio de Lope. Aunque es firme en negar el barroquismo y Góngora —indirectamente es resaltado aquí el valor del trabajo de Alonso, quien

reconoce que Darío les descubrió a Góngora, y que éste lo había aprendido del simbolismo francés; pero la auténtica revalorización se debe a don Dámaso, evidentemente, acompañada de los actos del 27—. Se lamenta don Dámaso de la truncada *Antología de poetas líricos*, que no llegó al barroco, porque don Marcelino leía para escribir y lo conocía poco (p. 65). Se refiere también a la base estética de don Marcelino: Hegel (pp. 72 y ss.). Estudia sus últimas rectificaciones en su madurez, con benevolencia para Calderón (pp. 77 y ss.).

También es de suma importancia, para comprender la cadena crítica de nuestra filología, que se hereda de una generación a otra en admirable relevo, su trabajo sobre Menéndez Pidal (pp. 83 y ss.). Pero allí destaca: «la labor genial de Menéndez Pelayo consistió, en, sobre el gran acervo de datos, aplicar su poderosísima capacidad de intuición» (p. 85). Fue una obra poética más que rigurosamente científica (pp. 85-86), trabajo «a zarpazos de genio». El genio de Menéndez Pidal es antagónico: artístico y poético al de don Marcelino, pormenorizador, reflexivo y estrictamente científico el de don Ramón (p. 87): la intuición frente a la inducción.

Elogia a Menéndez Pidal como sistematizador de la ciencia europea, europeización de la España aislada, como quería el 98. Repasa sus más importantes aportaciones sobre la épica, frente a Bédier —tema muy querido a don Dámaso—, y los orígenes de la lírica (pp. 94 y ss.). Resume sus teorías, recreándolas. Destaca que comprendió «la unión indestructible de lo literario y lo lingüístico» (p. 94), importancia del lenguaje, que es el material de la literatura. De aquí su *Manual de Gramática Histórica* de 1904 y su *Orígenes del español* —aún son libros de texto entre nosotros—. En la historia literaria, la innovación de Menéndez Pidal es «la utilización de conocimientos lingüísticos» (p. 109), contrasta con el desdén de don Marcelino por las labores textuales (p. 110). Trata sobre la relación de don Ramón con la generación del 98 (pp. 99 y ss.), y con don Marcelino (pp. 103 y ss.). Creemos que don Dámaso enlaza con ellos, pero con personalidad propia e inconfundible. Ahora se comprenderá mejor lo que hemos ido señalando en páginas anteriores: el enlace entre la intuición de Menéndez Pelayo, el rigor positivista de Menéndez Pidal y la labor de Dámaso Alonso, que hereda ambas posturas adaptándolas, sobre una base sólida de documentación, a la estilística joven del momento, pero siempre desde una perspectiva personal, llena de humanismo. Insistimos en estas ideas, que tienen fundamento en estos trabajos críticos del propio Alonso. Engarza de esa manera una tradición filológica a la que fecunda con nuevo impulso. Luego, los discípulos de Pidal, que enumera (pp. 142 y ss.), ilustres personajes hoy día. Increíble labor la de Pidal y su escuela. Dámaso Alonso pertenece de modo peculiar a esta gran familia de investigadores que toman el relevo a través de la historia de nuestra cultura.

Contiene este volumen también una serie de *Ensayos sobre literatura española contemporánea* (pp. 171 y ss.). Son autores más modernos, y hay menos distancia crítica. De algunos de ellos, miembros del 27 ó del 36, habla desde una perspectiva de amistad que presta a sus páginas un interés testimonial ante todo: así Bécquer; Salinas; Rosales; Antonio Rodríguez Moñino —un bello trabajo sobre el amor al libro, sobre este erudito—; evocación afectiva de su hermano Amado Alonso; Lapesa; Blecua; cartas inéditas de Salinas, de Unamuno; textos sobre la poesía de Maragall, de Antonio Machado